

III.

Tebas la de las cien puertas.

Sin embargo, el invierno se anunciaba, y no hay nada más glacial que esa estación en los países calientes. Todos aquellos que padecen del pecho encuentran antes la muerte que la vida, abandonando su patria. Niza, por ejemplo, para no ir demasiado lejos, es la necrópolis por excelencia. Ciudad de las flores; pero flores sepulcrales.

Esther dijo un día á Valía :

—¿Sabes tú que hace más frío en el Cairo que en París?

Valía, que temía morir de frío, se volvió á Marsella por el primer paquebot. Es verdad que se la llevó un señor de Burdeos que había ido á vender su vino al Virey.

Esther tuvo un sentimiento con esta huida inesperada, en el momento en que iba á remontar el Nilo para pasar la mala estación en Karnac, ó más bien para entrar en la poesía, en Tebas, la de las cien puertas. Esther fechó siem-

pre sus cartas en Tebas y no en Karnac. M. Luís de Montaut preparó el viaje. Alquiló una casa, que amuebló cuidadosamente: Esther partió, acompañada de sus amigos; pero al llegar al noche, éstos se volvieron al Cairo, encontrándose entonces bien sola. Le pareció que iba derecha al país de la muerte. Evocó, por toda distracción, las sombras de la historia egipcia.

Muchas cartas de la Comedianta están fechadas en el Nilo: se había vuelto tan perezosa, que todas ellas eran bien lacónicas. Escribía á su madre, á sus hijos, á sus hermanas, menos á Valía, aquella desertora, que no había ido á Egipto más que para marcharse á hacer la vendimia en Château-Laffite.

Á la sombra de las Pirámides.

.....

«Recordará V. cuando hablábamos de mi carrera; ¡mi carrera! En ella he labrado los mármoles de mi tumba. He querido vivir glotonamente. He devorado en algunos años mis días y mis noches; después de todo, ya está hecho, y no he de decir, como los arrepentidos de Vds.: «Señor, pequé. Señor, pequé. Señor, pequé.» Cuando no ha quemado uno su corazón en aquellos hermosos días, es inútil quererlo inflamar á los treinta y cinco años.... No, esto ha concluido. ¡Ah! ¡si no tuviera dos hijos! Si

no fuera por su amor, moriría sin pesar. Pero volveré. El Dios de Israel me permitirá bajar en mis entreactos de allí arriba para abrazar á mis hijos y para volver á ver á mis amigos de ese Teatro Francés que tanto amo.

»Puesto que pasa V. todos los días por delante del Obelisco, espero pensará V. en esta pobre desterrada.

»ESTHER.»

.....

«Bajo las pirámides, contemplo veinte siglos confundidos en las arenas. ¡Ah, amigo mío! Aquí veo la pequeñez de las trágicas. Yo me creía piramidal, y comprendo ahora que no soy más que una sombra que pasa...., que ha pasado. He venido aquí en busca de la vida que se me escapa, y no veo más que la muerte á mi alrededor. Cuando ha sido amada una en París, es menester morir en él. Haga V. pronto que me reserven un sitio en el Padre Lachaise, y resérveme V. otro en sus recuerdos. ¿Me ha olvidado V.? En cuanto á mí, no le olvido.

»La que se va:

»ESTHER.

»Escribo estas líneas, sin saber bien lo que

pongo ; seco la tinta con las cenizas de las reinas de Egipto; esto es lo más elocuente que hay en mi carta.»

En cuanto Esther llegó á Tebas , se encontró tan bien , que resolvió pasar allí todos los inviernos. En vista de esto, rogó á los señores de Montaut que le hicieran un bosquejo de palacio, con idea de hacerlo construir, tanto para sus amigos como para ella. Abrió un concurso, diciendo que daría un premio al mejor arquitecto. Se pusieron manos á la obra , y le hicieron cincuenta croquis del más puro estilo egipcio. He visto algunos muy bonitos. En poco estuvo que no me arrastraran también á Tebas.

Afortunadamente para Esther , lo que faltaba allí eran albañiles. Fué preciso, por lo tanto, que se resignara á construir el palacio en su imaginación. Sin embargo, descubrió unas ruínas casi majestuosas , en las cuales se hizo construir de madera una casita bastante bonita , que casi parecía un nido sobre unas ramas. Un poco reducida y estrecha se halló allí con sus esclavas nubias.

Esther se entristeció, porque se encontraba muy sola. Entonces fué cuando afortunadamente llegó de improviso M. de La Marche.

Esto fué una alegría para la pobre enferma, no tan sólo porque volvía á ver á su más que-

rido amigo, sino porque éste le llevaba el aire de París. ¡ Ah! El aire de París para los expatriados , cualquiera que sea el motivo de su expatriación, es el aire de la vida. Á Esther le parecía que estaba separada de su hotel y de su teatro por todos los siglos egipcios que había vivido con su pensamiento.

—¡ Ah, amigo mío! (dijo á M. de La Marche): llegas á buen tiempo. Figúrate que encuentras una momia, y la resucitas. Pronto, quítame pronto las vendas en que estoy envuelta.

Todo marchó perfectamente durante quince días; pero también M. de La Marche tuvo que partir; éste, por su parte, no le dijo que si había ido por ella, también había ido por un empréstito del Virey. Como aquel empréstito le proporcionaba el oro á manos llenas, le dejó á Esther gran cantidad para que viviera en Tebas como una Sesostris. Prometió volver; pero no volvió mas. La vida es siempre así, separando constantemente los corazones. Felizmente, suelen volver á unirse con otros corazones que no se esperaba encontrar.

Así es que entre los viajeros que remontaban el Nilo, un oficial, admirador de Esther, fué á llamar á su puerta. En París no se hubiera atrevido; pero allí, á la sombra de las Pirámides, no se conocen los obstáculos. Había admirado tanto á la Comedianta, que se consideraba ya

como uno de sus amigos. Esther estaba ya arrepentida de sus palacios egipcios. El oficial de marina le alabó mucho los viñedos de Montpellier, diciéndole que sólo allí se recuperaba el vigor de la juventud, con la flor de las cepas.

Esther se convenció de tal modo, que no tardó en decidirse á venir al Mediodía de la Francia.

Para ver á Esther á su vuelta de Egipto, fué necesario ir á Montpellier, en donde pasó toda la primavera con la familia del oficial de marina. Éste le había ofrecido su corazón y su mano, pero ella comprendió que era ya demasiado tarde, porque conocía muy bien que ni el sol de Egipto ni la flor de las viñas tendrían virtud bastante para devolverle sus fuerzas. Se acababa por consunción, y perdía las últimas ilusiones de la vida. Se volvió entonces valientemente hacia la muerte, diciendo con aire resignado: «¡Solamente un milagro!»

¿Por qué no hizo Dios ese milagro? ¿Por qué no conservar para el teatro y para ella misma aquella mujer tan joven todavía, cuya alma conservaba siempre todo su fuego? Es que en la tierra todo se paga. Mientras más alto sube uno en las montañas del orgullo, más pronto se precipita uno desde lo alto.

IV.

Los presentimientos.

Los que están próximos á morir no piensan más que en cambiar de habitación, porque no se encuentran bien en ninguna parte. Á su vuelta á París, Esther vendió su hotel y se refugió en la Plaza Real, la misma en que había cantado tan alegre y tan tristemente sus primeras canciones.

¿Por qué iba ella allí, á aquel *campo santo* en donde se agitaban los fantasmas del pasado? Es que ella se creía ya de otra época; es que se sentía atraída por aquella soledad que fué tan dulce á su amigo Hugo.

En mi primera visita me dijo sonriéndose:

—¿No es verdad que aquí estoy bien para morir?

—¡Para vivir! ¿Pero no estaba V. bien en su hotel?

Entonces me explicó con mucha elocuencia, cómo su hotel, en donde había cenado, representado, cantado y bailado, no era sitio á propó-